



IMAGEN TOMADA DE INTERNET

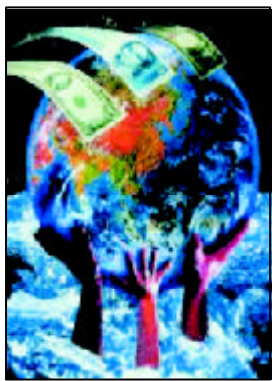
GLOBALOFOBIA Y GLOBALOFILIA

Roberto Donoso*

La intención o pretensión de situarnos en esta discusión en el "entre" es decir, en el espacio que crea el encuentro -encontronazo dirán algunos- de posiciones equidistantes, no implica neutralidad ni ausencia de compromiso. Sólo se trata de reconocer que la complejidad de los problemas es de tal naturaleza que retazos de "verdad" se encuentran repartidos en un amplio espectro de interpretaciones.

El comentario que origina esta discusión, es un capítulo del libro *Teoría Política del Nuevo Capitalismo o el discurso de la globalización* del prolífico sociólogo Fernando Mires, que lo titula ¿globalización o apocalipsis? De suyo, la pregunta es una insinuante caricatura que prelude el texto. En efecto, los críticos más acérrimos de la globalización, los globalofóbicos, en tanto que exacerbaban sus diatribas, caen en posturas catastróficas de signo escatológico que privilegian los aspectos más deprimentes que caracterizan el actual estado de cosas imperantes en el mundo. Por otra parte quienes abrazan a la globalización, los globalofílicos, ven ventajas y positivos efectos que pareciera más bien, sólo existen en sus conciencias. Mientras unos se encargan de descarnar la realidad en sus dimensiones más terroríficamente desoladoras, otros sesgan su mirada

hacia los suaves tonos rosa que indudablemente tiene el proceso al cual nos estamos refiriendo. Pero Mires enfatiza en las teorías que enjuician la globalización, y haciendo uso del escalpelo del análisis las va diseccionando y poniendo al desnudo en sus debilidades argumentativas e incluso en sus contradicciones. La primera de ellas se refiere a la pérdida de influencia del Estado. La prédica sistemática, sostenida y masiva contra el Estado por manirroto dispendioso mal administrador, que se ha traducido en una fuerte reducción en sus esferas de participación, especialmente en el ámbito económico, sin embargo, choca con el hecho cierto de que ninguna de las actuales políticas económicas en boga se habría podido materializar a no ser por la intervención del Estado. De esta forma, si bien es cierto que el Estado se ha debilitado, en especial en lo que a sus responsabilidades sociales se refiere, no es menos cierto que su fortaleza sigue estando presente hasta el punto de tener la capacidad para imponer políticas bastante impopulares. Los actuales gobernantes, en especial los del así llamado Tercer Mundo, tienen una escasa capacidad de maniobra, pues, ciertamente, muchas de las decisiones fundamentales que deben adoptar son digitadas desde centros de poder distantes y distintos. La fortaleza innegable la tiene el mercado que con su omnipresencia, su poder de integración y la exponencial circula-



ción y volumen de mercancías, moviliza, convoca y determina esferas de intervención que hasta hace poco, parecían imposibles. Por ejemplo, difícilmente nos habríamos imaginado que la educación iba a quedar reducida a la condición de vagón de cola de la economía. En efecto, las políticas educativas vigentes (calidad, equidad, competitividad, eficiencia) reflejan fielmente las necesidades que impone la economía de mercado. Porque estas políticas se imponen sin contrapeso, muestran la vigencia de Estado y al mismo tiempo su debilidad por cuanto no tiene alternativas y si las tuviere carece de la fuerza necesaria para imponerlas. Tan es así que en este aspecto específico, en el horizonte político no se divisa, ni siquiera en lontananza, ninguna alternativa. La paradoja que implica la fortaleza innegable del Estado es al mismo tiempo, su debilidad. Entonces, el autor que comentamos con razón, se pregunta: ¿cuál eclipse del Estado?.

El segundo argumento que examina es una interpretación radical de la presencia del mercado real y el virtual como desenlace de la civilización moderna. El punto de partida es el ocaso de la experiencia socialista soviética que ha posibilitado la transición hacia formas autoritarias de dominación, que incluso darían pie a relaciones laborales de esclavitud. No hace falta muchos elementos para mostrar las falacias de esta posición. En todo caso, el capital a su máxima expresión especulativa acarreará su propia destrucción por la imposibilidad de detener la lucha por maximizar la ganancia, lo cual supone la ausencia de todo tipo de regulación y la supresión del Estado. En cierto modo el fin del capitalismo sería su comienzo, es decir, la acumulación originaria. Los supuestos que subyacen a esta teoría son elusivos y frágiles.

Una variante de la posición anterior señala que el fin del socialismo real fue el inicio del colapso general de la modernización. En esta interpretación, el socialismo no sería más que una parte, etapa o fase del capitalismo, pues la supuesta intención de sus fundadores no habría sido otra que crear el capitalismo de Estado ya que el socialismo se estructuró como capitalismo en el que al Estado le co-

rrespondió la tarea de "interrumpir su desarrollo hacia formas evolutivas superiores, como economía de mercado y libre competencia". La crisis de la modernidad bajo la forma de deterioro y desintegración de las relaciones sociales y del trabajo como efecto de la mercantilización de la vida, no traería consigo el surgimiento de una sociedad superior, sino la hecatombe que se expresaría en el endeudamiento externo de todas las economías que se extendería incluso a las potencias industrializadas. La única alternativa a la catástrofe sería el desarrollo de una conciencia colectiva, un cambio radical de la cultura, pero para ello ya no hay tiempo, de manera que sólo podemos esperar el fin.

Una tesis diferente sostiene que el capitalismo en general, y el mercado en especial, tanto en el plano de las relaciones internacionales como en el de las economías locales necesita del Estado como factor de regulación para evitar la confrontación de todos contra todos. En esta perspectiva, inevitablemente el eco de Keynes se hace presente, en especial en el espacio global. Tales, por ejemplo, serían las posturas de tipo "tercera vía" que no dejan de llamar la atención respecto a la autonomía creciente de las empresas en especial las financieras. Pero he aquí la paradoja que resulta de invocar a la variable política como factor privilegiado para ordenar al mercado y al sistema, al precio de hacer surgir el factor político desde la economía. Así, pretendiendo cuestionar a la globalización, lo que se consigue es afirmarla, pues, el nuevo orden internacional surgirá desde el mercado y, por supuesto, para el mercado. A grandes rasgos, de acuerdo con Mires, la globalofobia no se apoya en teorías consistentes, sino que el tono pesimista y catastrófico impide pensar con serenidad, y como bien sabemos el pesimismo no es más que un estado de ánimo y como tal transitorio y emotivo.

Ahora bien, en la medida en que la globalización se sustenta, entre otros aspectos, en el extraordinario desarrollo de las comunicaciones, resulta imposible dejar de reconocer que hoy las distancias se han acortado de tal manera que no son un obstáculo que impida las relaciones entre las personas por remotos que sean los puntos geográficos donde se encuentren. Pero también hay que decir que las facilidades de comunicación no implican para nada integración, pues, es indudable que hoy, al ser ciudadanos del mundo, enfrentamos innegables problemas de identificación. En general, los aspectos que lucen como positivos encuentran simultáneamente su negación en los hechos cotidianos.

Independientemente de que las teorías contra la globalización no sean del todo satisfactorias, un conjunto de hechos, acontecimientos, y sobre todo evidencias muestran que no hay muchas razones para pensar en futuros esplendorosos. Por ejemplo, el libre mercado requiere reglas colectivas y acatadas por todos, valores éticos compartidos y serias responsabilidades. Lo cierto es que ninguna de estas condiciones existe para las potencias que incluso utilizan organismos multilaterales con fines geopolíticos. Peor aún, el diseño del conocimiento y la imposición de las reglas que rigen al mercado no son el resultado de consensos sino de imposiciones. Así, lo que es aceptable para las potencias es censurado para los países en desarrollo. Por ejemplo, el proteccionismo sigue siendo una práctica frecuente en los países industrializados, pero a los nuestros se les impide todo tipo de resguardo o amparo para sus mercancías. El Director General de la OIT en la inauguración del Foro sobre Empleo Global sostuvo, "A lo largo de los años noventa, el número global de desempleados pasó de 100 a 160 millones. En la actualidad, cerca de 1.000 millones de personas están desempleadas, subempleadas o con empleos precarios. El ochenta por ciento de la población en edad de trabajar no tiene acceso a una protección social básica. Todo esto representa la mayor crisis de seguridad humana"¹. Y para que no queden dudas reconoce que "la globalización sufre hoy de una crisis de legitimidad". Esta crisis de legitimidad tiene fundamentos en la experiencia vivida de los ciudadanos que han visto perder su empleo, que sufren el deterioro de la salud pública, que viven una suerte de canibalismo disfrazado de competitividad, que sin conocer las cifras sufren diariamente de la exclusión. Tanto es así que la globalización anuncia para el futuro un dilema que empieza a percibirse como realidad: *to have lunch or be lunch*, es decir, comer o ser comido, porque el individualismo exacerbado que caracteriza las relaciones entre los hombres con total apego a la libre competencia permite que se imponga "el todo vale" con tal de tener éxito. Puestas así las cosas es posible admitir la precariedad de las teorías, pero lo que no se puede negar es que la globalización ha beneficiado a muy pocos.

¹Discurso de Juan Somavía, Director de la OIT en el Foro sobre el Empleo Global, el 1/11/2001.

*Profesor Titular Facultad de Humanidades y Educación de La Universidad de Los Andes
E-mail: rdonoso@telcel.net